

Ingrid Rosenblueth  
*in memoriam*



# Ingrid, maestra, compañera y amiga

¿Te imaginas, Ingrid? Poder escribir un texto sin necesidad de justificarte con un marco teórico, sin la espada de Damocles de puntos, becas y estímulos colgando sobre tu cabeza, sin tener que apegarte a formatos, al rigor académico... En suma, poder decir lo que te venga en gana. ¡Eso sí que te hubiera gustado! Hoy gozo yo de ese privilegio y tu ausencia me pesa aún más por no poder compartirlo contigo.

Pero puedo compartir mi experiencia de ti con quien esto lee: colegas, alumnos, miembros de la comunidad académica, algún despistado que tropiece con estas líneas. Con los que te conocieron y con otros que no fueron tan afortunados. Así que me lanzo al mar de la subjetividad y de la narrativa pura. Una delicia, créemelo.

Te conocí en el trimestre de Otoño de 1978. Yo estaba a la mitad de la licenciatura y regresaba del primer Trabajo de Campo. Me inscribí en tus dos materias sin haberte visto jamás, pero muy intrigada por un comentario que me había hecho Guillermo de la Peña... Alguien que había escrito una tesis sobre *Roles Conyugales y Redes de Relaciones Sociales* prometía ser un maestro interesante. Llegué a tu cubículo, abrí la puerta y el impacto fue avasallador: tu titánica figura en huipil multicolor, tus sonoras carcajadas, tus opiniones sesgadas, tus juicios temerarios, la fuerza de tu carisma y la calidez de tu persona. Han pasado veinte años y todavía no me repongo. Me cautivaste de por vida...

Si mal no recuerdo, el Departamento de Antropología había apenas iniciado en 1975. Éramos una comunidad joven, entusiasta, incipiente. Tu incorporación fue un golpe de suerte. No para ti, que en ese entonces sentías que “te habían dado la oportunidad”, sino para el Departamento. Antropología adquirió a uno de los



elementos más singulares, catalizadores y valiosos para ocupar una plaza que siempre te quedó chica. ¡Eras tan diferente! La mayoría de los profesores eran más jóvenes que tú. Muchos por tu edad cronológica, todos, si se les comparaba en términos del “kilometraje recorrido”. Ellos tenían en su haber una trayectoria evolutiva unilineal: formación académica ortodoxa, compromiso con algún enfoque teórico, posición política definida y la mayoría de sus años vividos al abrigo de una u otra institución. Como dirías tú, a *very sheltered life*. En cambio tú, Ingrid, venías del mundo real y con un bagaje fascinante: tres o cuatro años de Medicina, un par de Psicología, casada y separada, ama de casa, madre de tres hijas, interlocutora y protagonista de las altas esferas políticas, económicas e intelectuales del país, malacóloga consumada, portadora de una mezcla atómica de tradiciones culturales (húngara, judía, colombiana) y egresada de la licenciatura de Antropología de la Ibero a los 38 años de edad. Un caso vivo de evolución multilineal, difusionismo, cultura y personalidad. Nada en ti estructural-funcionalista.

Tú fuiste más antropóloga que todos nosotros. A pesar de tus comentarios verdaderamente escandalosos y etnocéntricos sobre *los nativos*, de tu aparente fastidio por la entrevista y horror ante el trabajo de campo, fuiste etnóloga de corazón. En primer lugar, tenías una capacidad de empatía innata. No necesitabas acercarte a los informantes. Todos — observadores y observados— nos acercábamos a ti. Tu

personalidad, tus recursos y tu historia te permitían acceder a cualquier estrato social, a cualquier grupo, a cualquier persona. Tu trabajo sobre *roles conyugales* fue posible porque lo hiciste tú. No cualquiera hubiera podido penetrar en la intimidad de esas parejas, participar en esos ámbitos, dialogar de tú a tú con esos personajes. Además del producto académico, tu tesis nos permitió asomarnos a un mundo antropológicamente muy interesante, pero un tanto cuantificado para nosotros. Por otra parte, y a diferencia de mí, eras lo que se llama un *true scholar*. No te limitabas a consultar la bibliografía disponible, en boga o académicamente aceptable. Siempre ibas a otras fuentes, descubrías nuevos autores, relacionabas las teorías más disímolas y sacabas a relucir las evidencias más singulares. Tu pasión por el escándalo intelectual contribuía siempre a una discusión divertida y estimulante. Eras disciplinada, tenaz y rigurosa. Pero para mí, lo mejor de tu trabajo, de tus aportaciones y de tu producción, tuvieron que ver más con tu intuición y sensibilidad, que con tu preparación académica. Cuando todos íbamos, tú ya venías de regreso.

Recuerdo la aprensión que te producía preparar las clases. Nunca la entendí. Quienes fuimos tus alumnos aprendimos muchísimo, nos cuestionamos profundamente y nos divertimos en grande con tus disertaciones, dentro y fuera del aula. Tus ejemplos eran sensacionales, tu cinismo nos proporcionaba sana distancia, tu florido manejo del lenguaje no daba pie al aburrimiento y tu sarcasmo no dejaba títere con cabeza. Siempre te las arreglaste para dar lo que te pegaba la gana, bajo el amplio paraguas de algún Tema Selecto: Sociobiología, Mito, Mesoamérica, Indios Norteamericanos, Interaccionismo Simbólico, Feminismo, Magia y Religión, Ocultismo... Después de transitar por los áridos senderos de Etnología, Teorías Antropológicas "N", Campesinos, Marxismo o Economía Política, tus materias eran fresca pura.

A nivel de colegas, nadie escapó a tu vorágine. En todos dejaste huella. Me atrevo a afirmar que de cada uno de nosotros te llevaste al menos una confidencia. Si hubo una figura materna en el Departamento, esa fuiste tú. Podíamos no coincidir contigo en posturas ideológicas, en conceptos académicos, en opiniones diversas. Pero no así escapar a tu generosidad, a tu carisma y a tu ternura. Tu magnetismo nos atrajo irremediamente y con todos estableciste un vínculo personal. Paradójicamente, tu inmensa figura planta-

da sobre sendas botas mineras, nunca nos resultó amenazante. Sembrabas la discordia ideológica, pero siempre destacaste como elemento conciliador en el interior del Departamento.

Profesores, alumnos y administrativos siempre te profesamos respeto y afecto. Algunos de nosotros contamos, además, con el privilegio de tu amistad. Sólo puedo decir que fuiste mi mejor amiga: leal, comprometida, entregada. Como ya me he tomado muchas licencias en este escrito, me tomo una más: la de reservarme el derecho de guardar para mí los recuerdos de la Ingrid más íntima, personal y valiosa.

Tú y yo siempre fuimos cómplices. Desde el primer momento, ambas supimos que tarde o temprano dejaríamos la Universidad. Nunca tomamos verdaderamente en serio el quehacer universitario; nunca nos creímos del todo el mito de la academia. Coincidíamos por muy diferentes razones. En mi caso las metas a largo plazo y la abstracción inherentes al mundo académico terminarían por orillarme a buscar actividades prácticas, concretas y de resultados tangibles e inmediatos. En tu caso, los motivos fueron distintos. Tú sí eras intelectual, filósofa en el sentido literal de amante de la verdad, buscadora incansable del conocimiento. Tú dejaste la Universidad que te quedó chica, porque se convirtió en limitante y obstáculo para tu crecimiento personal e intelectual. En un desplante que todavía me asombra renunciaste, a los 50 años, a la seguridad de una plaza y a la comodidad de un ingreso seguro. Fuiste fiel a tu conciencia y con la candidez que siempre te caracterizó, te lanzaste en pos de tu último sueño: la astrología.

Las críticas no se hicieron esperar, reacción que secretamente te fascinó. Pero en la siguiente década te convertiste en la mejor profesional de México, reuniste la biblioteca más completa del país sobre la materia y tuviste un éxito personal y económico como sólo tú podías haberlo logrado: de gigantescas proporciones.

Hoy tus cenizas reposan en la Bahía de Acapulco. ¡Apenas el mar para contenerte! Quienes te conocimos y amamos tenemos que pagar el precio del dolor de su ausencia. Los que no te conocieron —no tienen hoy que apurar ese trago amargo, pero como tú dirías: "¡Pobres güeyes! ¡No saben de lo que se perdieron!"

Cristina Díaz de la Serna de Goddard  
Primavera, 1998

# El oráculo del pecho bueno

En un ejercicio de asociación libre me resulta casi imposible no ligar el nombre de Ingrid a las estatuillas de deidades prehistóricas que representaban la fertilidad, la tierra, la fecundidad, la vida. No sé si además de su función simbólica tuvieran alguna otra de carácter oracular, en cuyo caso podríamos continuar en su compañía para hablar y evocar a Ingrid. De cualquier modo, la conjunción de ambos atributos, simbólicos y oraculares, es lo que explica el encabezado de estas líneas y me lleva a pensar en ella como el oráculo del pecho bueno.

Sus funciones oraculares entre alumnos y colegas abarcaban un amplísimo espectro: una consulta para poner en práctica una política departamental, una crisis con el novio(a), algún tránsito astrológico o proyecto para trabajo de campo, etcétera. Su cubículo no requería de un nombre en la puerta para ubicarla, bastaba escuchar el bullicio y ver a la multitud.

Tan plena, tan contradictoria, tan intensa, tan vital, tan generosa, tan humana... supongo que por eso la buscábamos y por eso la ubicamos en ese lugar.

Todo lo que ella hacía o decía tenía su sello, su impronta, todo remitía a su experiencia y a su viscera. Por eso, hablar de ella en lo que sigue es lo mismo que hablar de lo que hacía y cómo pensaba la antropología: biografía y carrera eran una. Ella no hacía antropología, entendiendo por “hacer” el seguir ciertos procedimientos y cánones disciplinarios —ya de por sí bastante laxos en nuestro campo—, ella convertía la antropología en suya, hacía su antropología. Esto significaba conciliar campos y perspectivas teóricas aparentemente irreconciliables: primatología e interaccionismo simbólico, sociobiología y cultura y personalidad, análisis situacional y procesos de hominización

etcétera. El cedazo por donde todo esto pasaba y adquiriría coherencia era su propia vida, sus experiencias, sus sinsabores, sus fantasías y procesos personales. Por ello su pasión y vehemencia, su incesante búsqueda de comprender el misterio de la vida, del gozo, del sufrimiento propio y del otro.

Para Ingrid la antropología tuvo siempre un sentido instrumental, en el sentido de constituir un formidable instrumento para pensar y sobre todo pensar(se), para captar la experiencia vital del actor social en su contexto. Además de intentar capturar al Otro en su singularidad, al nativo de carne y hueso, al primero que había que aprehender era al otro en Uno. Pensar en el otro era siempre para ella un ejercicio autorreflexivo. Todo cuanto ella escribió remitía a sí misma: su tesis sobre roles conyugales y redes de relaciones sociales, su trabajo pionero sobre la antropología de género o sus reflexiones sobre la hoy llamada “tercera edad”, todo y en todo estaba ella implicada. Antropología y experiencia, antropología de la experiencia, eran para ella un pleonasma.

Una antropología sin sujeto participando activamente en la construcción social de su realidad era para ella una aberración. Cualquier perspectiva teórica que pensara al sujeto social como efecto y no causa le parecía más una construcción delirante de su autor que un reflejo de la vida social; no importaba “causa” de qué, si del inconsciente, del karma, de la estructura o los “hechos sociales” durkhemianos, de los que por cierto se burlaba sin piedad. En su lugar, la metáfora de la vida social como representación teatral —sujeta a interpretaciones, improvisaciones y manipulación por parte de los actores— era su preferida, y Goffman su gurú.

Sin duda esta aproximación y perspectiva tan cerca a la experiencia y la viscera y tan alejada de los debates conceptuales atraía a muchos estudiantes y a no pocos de nosotros, sus colegas y amigos. Por ello también toda visita a su cubículo para una consulta bibliográfica o una tutoría terminaba en una experiencia oracular.

Mi deuda con ella es inmensa. Deuda impagable porque no se ubica en un sólo plano de mi vida, sino que me atraviesa, me colorea, me marca.

*Ricardo Falomir Parker*

# Ingrid Rosenblueth: un perfil académico

Conocí a Ingrid en 1974 cuando impartí en el entonces vigoroso Departamento de Antropología Social de la Universidad Iberoamericana un curso sobre la teoría del intercambio social y *social networks* a estudiantes de la licenciatura (*Exchange and Power in Social Life* de Blau, *Social Networks in Urban Situations* de Mitchell (ed.) y *Strategy and Transaction in an African Factory* de Kapferer). Desde el primer día que la tuve como alumna me sorprendió su viveza intelectual; durante el transcurso del seminario descubrí otras de las cualidades que mantuvo durante todo el ejercicio de su actividad profesional: pasión por la búsqueda del conocimiento, disfrute de la verdad relativa alcanzada, sano escepticismo, rigor, imaginación y audacia intelectual.

Lo que estudiaba lo hacía a fondo, sin frivolidades ni fáciles juegos estilísticos o meramente verbales. Seguía con tenacidad una idea y la hilvanaba con otras, pero sin complicar gratuitamente un argumento: iba directa al grano. Podía uno sostener una conversación a gran profundidad intelectual durante horas y horas, y siempre quedaba uno impresionado por la coherencia de su argumentación sin desvíos tramposos o tortuosos.

Mantuvo, como responsable en nuestro Departamento de la línea de investigación sobre procesos de socialización, un estímulo constante en los proyectos y tesis de sus estudiantes, aunque con moderación y a los que quisieron, les ayudó a encausar otras inquietudes que ella misma fomentó. Así, de 11 tesis de licenciatura que dirigió en el Departamento de Antropología de la UAM-Iztapalapa cinco fueron sobre procesos de socialización, tres sobre el trabajo de las mujeres, una sobre salud, una sobre universo simbólico, una sobre ancianos. Todos los temas de las tesis eran tópicos que Ingrid misma estaba explorando.

De las publicaciones de Ingrid, hay dos que me parecen que son genuinas aportaciones mexicanas a

la antropología: 1984 *Redes conyugales y redes de relaciones sociales*. México, D. F.: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. 1985 “Patrones diferenciales de envejecimiento, salud y enfermedad en los diversos sectores sociales urbanos”, en *Iztapalapa*, año 6, núms. 12-13, pp. 7-37.

El primero es la publicación como libro de su tesis de licenciatura presentada en la Universidad Iberoamericana en 1978. Aquí, por un lado, emprende una discusión al tú por tú con los principales estudiosos en el mundo sobre los roles conyugales, y les enmienda la plana. La base teórica en que se apoya es el intercambio social de Blau del que hizo una lectura profunda e imaginativa. Por otro lado, maneja con rigurosidad la metodología corregida por ella misma de los *social networks*, y no como solía hacerse en la antropología mexicana como una mera metáfora sin mayor valor analítico y las más de las veces en forma desafortunada. La tesis que sustentó era supuestamente una tesis de licenciatura. El tribunal de su examen —Guillermo de la Peña, Ángel Palerm y Roberto Varela— tardó un tiempo en deliberar, pues no se resignaba otorgar un título de licenciatura a la autora de un trabajo que merecía un grado académico superior.

El segundo es un artículo largo y denso sobre los patrones de envejecimiento, salud y enfermedad. Bien dueña y señora de la teoría y método de análisis que aplicó para entender los roles conyugales, ahora lo emplea en un nuevo campo. A nivel teórico y metodológico, añade de nueva cuenta con rigurosidad y acierto el modelo de Mary Douglas de “grupo” y “encajillamiento” (hasta donde yo sé, fue la primera persona que utilizó en México tal modelo).

Ingrid impartió en el Departamento un abanico variado de cursos. Me parece, sin embargo, que fueron sobre todo sus exposiciones e interpretaciones de Blau, Berger y Luckman, Goffman, Wilson... las que más honda huella imprimieron en sus alumnos.

No seguí a Ingrid en su última aventura sobre el ocultismo. Me parecía que cometía el triple error del hechicero expuesto por Leach, y que se rendía a la burda trampa funcionalista del “todo está conectado con todo” cuando no se aíslan previamente los subsistemas de un sistema.

La salida de Ingrid de la UAM-Iztapalapa en 1990 fue una pérdida lamentable para el Departamento y para la antropología.

Su muerte, el año pasado, nos hizo perder a una gran antropóloga, y nos hirió a sus amigos y colegas...

Roberto Varela